



CARRO DEL MERCADO DE SANS. — SEGUNDO PREMIO.

## ALGO SOBRE CUERNOS

No hablo en sentido figurado aludiendo á esos apéndices que se adjudican á muchas cabezas predestinadas; sino á la *cuerna* ó defensas de los toros, explicando, hasta cierto punto, las repetidas cogidas que en estos tiempos que corren, sufren los simpáticos diestros que se dedican á la lidia de reses bravas. Indudablemente los toros están

destinados á coger á los toreros, y, me fundo en las siguientes razones: Hay varios animales en los que los cuernos son un adorno de la naturaleza. El unicornio sólo tiene uno, los carneros dos, retorcidos hacia abajo, á la manera de los *bandós* con que se peinaban nuestras abuelas. Las cabras ostentan dos juntos en mitad del testuz, tan encorvados hacia adentro que no las sirven ni para defenderse ni para acometer. Sólo el toro los lleva á ambos lados de la cabeza, largos, con una punta tan sutil que rasga hasta la seda y perfectamente colocados para reventar á cualquiera; mucho más, impulsados por la extraordinaria fuerza que este apreciable animalito tiene en el testuz.

Ahora bien; ¿por qué la próspera naturaleza, que nada hace á tontas ni á locas, le ha dotado de esas terribles armas de acometividad? En España no existen leones, búfalos, tigres ni demás alimañas feroces; por consecuencia el toro no tiene enemigos. El toro es hervívoro y, por lo tanto, no acomete á animales inferiores para matarlos y comérselos. ¿Para qué, pues, su terrible encornadura? Se me dirá que hay osos y lobos; pero los primeros viven en distantes latitudes de las del toro, y respecto á los segundos, la naturaleza no había de hacer una excepción privilegiada con el toro, negándose á otros inocentes animalejos que suelen ser víctimas del hambre de los lobos.

Nada, nada, no se concibe más explicación que la siguiente: el toro ha sido creado para *coger* y defenderse del hombre, su único y exclusivo enemigo. Tal vez la naturaleza presintió las corridas taurinas, y se dijo: «puesto que los hombres, no contentos con matarse recíprocamente, por gala, no por gula como los antropófagos, quieren divertirse y exasperar á uno de los más hermosos animales que yo he creado, démosle medios para que alguna vez les haga pagar cara su perversidad». Las cogidas son los puntos negros de la fiesta nacional, turbando la augusta formalidad de ésta, porque yo, parodiando la injusta gabachada de un escritor transpirenaico que ha dicho: *à Espagne il n'y a organisé que le vol*, diré á mi vez: en mi hermoso país sólo existe una cosa completa, acabada, seria y formal;... las corridas de toros. ¡Qué



CONCURSO DE AUTOMÓVILES  
COCHE DE DON ANTONIO MIQUEL. — PRIMER PREMIO.

exactitud, qué puntualidad, qué actividad en sus detalles y en su conjunto! La autoridad que las preside está ya en su asiento antes de la hora de empezar, evitando que le toreen á ella por vía de prólogo, como sucedió alguna vez al Rey absoluto Don Fernando VII, y al Rey constitucional Don Alfonso XII, retardado por culpa de su huésped, el monarca lusitano. Las cuadrillas están siempre completas y en correcta formación esperando á que el presidente dé la señal de salida. Si se rompe algún tablero de la valla, es repuesto instantáneamente; y es de ver la asombrosa rapidez con que los *precisos operarios* levantan la barrera central cuando hay división de plaza.

¡Todo al pelo!

Siempre ha habido cogidas en la lidia de reses bravas, como es natural, pero en la actualidad menudean como una maldición. Francisco Montes fué el primero que dijo: *los toros dan y quitan*. Frascuelo, especialmente cuando sufría una cogida, solía exclamar: *¡esto dan los toros, dinero y cornás!*; pero en la época presente las cogidas se enredan como las cerezas. ¿Por qué? En otra ocasión, si tengo humor y espacio, trataré de explicar las causas; ahora sólo indicaré una de las más principales. Los diestros que ahora actúan, por lo general *no subsisten en la cruz*, frase que necesita una explicación para ser comprendida. La anatomía del toro, en el sitio de la cerviz en que puede ser herido de muerte, presenta la siguiente figura:

A

Es á la manera de una A mayúscula fatal, que los diestros deben observar detenidamente. A esto se llama impropriadamente la cruz, puesto que más bien debiera llamarse el triángulo. El estoque que penetra en este triángulo hiere de muerte al toro, que cae instantáneamente. Si la espada penetra en el espacio comprendido debajo del triángulo, pero dentro de las *patas* de la A, la muerte es también segura, si bien más lenta, que suele permitir al toro llegar á la barrera, que es su natural querencia para morir. Considere, pues, el lector la dificultad que ofrece la suerte de matar toros á la primera estocada, aun cuando la A anatómica sea mucho mayor que la que yo he consignado en el papel. Es difícil que trazándola en su natural tamaño en cualquiera sitio y tratando con todo espacio y tranquilidad de señalar con un bastón la estocada, pueda darse siempre en el triángulo fatal, ni aun en el espacio comprendido entre los dos rasgos de la A. Por tanto, pues, ruego al amable lector aficionado, que



CONCURSO DE AUTOMÓVILES  
COCHE DE DON JOAQUÍN SOLÁ MÁSANAS. — PRIMER PREMIO.

sea algo benévolo con los diestros que dan varias estocadas y algunos galletazos. Se llama *subsistir en la cruz*, cuando el matador se toma el tiempo suficiente para señalar la estocada al herir, y muy pocos conservan la serenidad necesaria, ante una masa feroz y movible como lo es la del toro. Por esto ha habido grandes toreros que han sido deficientes estoqueadores, y á esta serenidad y valor debió Frascuelo sus grandes éxitos de matar frecuentemente seis toros de seis ó siete estocadas.

Un amigo mío está muy receloso con las repetidas cogidas de la actualidad. Antiguo aficionado que ha alcanzado á tiempos en que los diestros se defendían mejor, teme que la fiesta taurina se acaba por falta de lidiadores. Yo trato de tranquilizarle diciéndole: aunque en cada temporada resultasen quince ó veinte toreros despanzurrados, no faltaría



CARRO DEL MERCADO DE SAN ANTONIO. — TERCER PREMIO.

CARRO DEL MERCADO DE LA LIBERTAD (Gracia).

JOSÉ M. MARQUÉS



PÀSAIE